
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Habitar el mundo
<i>Luis Baliña</i>	5	El mundo es habitable si tiene sentido
<i>Andrés Schwartz</i>	15	Habitar desde la arquitectura
<i>Mateo González Obligado</i>	23	Los espacios abiertos de Dios
<i>Silvia Campana</i>	43	Habitar el propio cuerpo
<i>Eduardo A. Agosta Scarel</i>	53	De la teología a la ciencia: una palabra salvífica
<i>Gerardo Daniel Ramos</i>	63	Teología e historia: hacia un método teológico interdisciplinar
<i>Cecilia Inés Cibeira</i>	83	El ocaso del totalitarismo de la ciencia

HABITAR EL PROPIO CUERPO

Cuerpo, Amor y Palabra en la antropología médica de Pedro Laín Entralgo¹

Silvia Campana

De la medicina a la antropología

Pedro Laín Entralgo, pensador español recientemente fallecido (1908-2001), es considerado uno de los últimos grandes pensadores de la España del siglo XX. Médico psiquiatra, encuentra en la relación con sus pacientes el espacio propicio para dar curso a su pregunta por “el encuentro con el otro”. Su vasta y compleja producción intelectual se centra en el hombre, al cual se aproxima desde la medicina, la sociología, la filosofía, la historia. “Su objetivo es esclarecer desde todo punto de vista posible la realidad del ser humano” al que gustó llamar “la tierra de promisión del pensamiento”². Importa el hombre concreto, menesteroso, necesitado en su cuerpo, sujeto posible de actuación histórica y de quebranto físico, de amor y de esperanza.

Decide iniciar desde el ámbito de la clínica médica un viaje de la mano de la filosofía con la intención de buscar fundamentos a este modo especial de relación. *Teoría y realidad*

¹ Presentado como comunicación en las Jornadas “Ciencias, Filosofía y Teología: en búsqueda de una cosmovisión” (La Plata, 20-22 de agosto de 2003) y originado en el trabajo de investigación: “*La persona humana como encuentro. Cuerpo, amor y palabra en la antropología de Pedro Laín Entralgo*” presentado como tesis de antropología en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Facultad de Filosofía, filial Buenos Aires el 06/03/03.

² Cf. Francisco Vega Díaz, Al cumplirse diez años de “Descargo de conciencia”, en CuadsHispAmers 446-447 (1987) 127-132, y Pedro Laín Entralgo, Respuestas a Francisco Vega Díaz, en la misma obra, 133-135.

*del otro*³ representa la cima de esta búsqueda y es la obra fundamental en la que basamos nuestra investigación antropológica. Motivado desde lo particular se abre a la universalidad de la reflexión sobre la persona y afirma una verdad existencial: estamos llamados al encuentro. Encuentros forjados en lo cotidiano, en distintos niveles, de mayor o menor profundidad, pero que nos tocan, nos movilizan, nos transforman constantemente.

Lain Entralgo nos muestra cómo una experiencia profesional y personal puede convertirse en punto de partida de una profunda reflexión sin temor a levantar vuelo, cuando la finalidad de ese vuelo no es otra que enriquecer y humanizar una realidad en la cual, hasta ese momento, el conocimiento científico se mostraba suficiente. El médico se aventura al planteo de una “antropología médica” y vislumbramos en su obra una luz que nos invita, desde la unidad, a reconocernos necesitados del “otro”, seamos médicos o pacientes. El *cuerpo* es sustrato, campo de acción de la relación que se conforma desde el *amor* al otro y se expresa especialmente desde la *palabra*.

Cuerpo, amor y palabra. Una tríada que define el encuentro en sus distintos niveles. Una tríada que nos devuelve a la propia realidad. Una tríada que define la grandeza a la que todos estamos llamados. Estamos invitados a pensar junto a Lain, a recorrer su camino de diálogo, en búsqueda de respuestas que alumbren la necesidad imperiosa de “encuentro” también entre la ciencia y la filosofía.

Preludios del encuentro: el cuerpo

Los ejes transversales de toda su reflexión son el *encuentro* y el *otro*. Todos tenemos experiencia de estar frente al “otro” y reconocemos que no todos los encuentros se nos regalan y son recibidos en la misma forma y profundidad. En lo cotidiano, según su propia expresión, los más frecuentes son los pseudo-encuentros. Y entonces podemos preguntarnos ¿cuál

³ Pedro Lain Entralgo, *Teoría y Realidad del otro*, Revista de Occidente, Madrid 1961, 2 tomos. A partir de ahora indicaremos TRO cuando nos refiramos al segundo tomo.

es el punto de partida del verdadero encuentro?, ¿desde qué supuestos metafísicos y antropológicos lo afirmamos?

Lain Entralgo recurre e intenta conciliar supuestos metafísicos y psicofisiológicos que den explicación a esta particular experiencia. La fundamentación metafísica es asumida desde el pensamiento de diversos autores y escuelas, actitud que nos muestra su constante disponibilidad al diálogo. Así Santo Tomás y la Escolástica le ofrecen el concepto de persona y relación⁴. La filosofía contemporánea, a través de Heidegger y Zubiri, su maestro, le aclaran el particular carácter de la existencia humana, del ser que “yo soy”, en cuanto “soy-con”, “soy-para” y “soy-hacia” afirmado en las siguientes categorías:

Carácter genitivo, carácter coexistencial, carácter dativo y expresivo, carácter compresencial e imaginativo de la existencia humana: he aquí, en orden sistemático, los principales supuestos de la relación –y, por tanto, del encuentro– que me descubre un análisis atento del ser que yo soy (TRO, 34).

Podemos encontrarnos con otros porque co-existimos con los demás y “puesto que el con de nuestra coexistencia envuelve la real posibilidad de los otros, habrá que concluir que existir-con es un existir activo y orientado, un in-tencional existir para los otros, un con-vivir” (TRO, 32-33). Y desde aquí podemos proyectar hacia un futuro la propia existencia y la de los otros (cf. TRO, 30-34).

Ahora bien, el aporte de Lain sobresale desde los supuestos psicofisiológicos en tanto lo corpóreo y lo biológico ocupan un lugar de privilegio en la reflexión. Alejado de todo dualismo afirma:

No “mi cuerpo y yo”, sino “mi cuerpo: yo”. No la autoafirmación de un “yo” para el cual algo unidísimo a él, pero distinto de él, el cuerpo, fuese dócil o rebelde servidor

⁴ La relación en sí misma indica un *ordo unius ad aliud*, orden de uno a otro, con lo cual se excede el orden predicamental para abrirnos a un orden trascendental. Lo mismo sucede con la realidad de la “persona” en cuya definición, asumida la de Hugo de San Víctor, nos remite a la relación de origen: Dios. Cf. Blanca Castilla, *La noción de persona en Xavier Zubiri. Una aproximación al género*, Rialp, Madrid 1996, pp. 29-73.

-implícitamente, eso lleva dentro de sí la expresión “mi cuerpo”-, sino la autoafirmación de un cuerpo que tiene como posibilidad decir de sí mismo “yo”⁵.

El encuentro supone el cuerpo en tanto realiza el “aquí” y “ahora” de cada hombre espacio-temporalmente. El médico Laín enuncia cinco cuestiones que deben ser tenidas en cuenta para afirmar que todo nuestro ser se encuentra preparado para el intercambio relacional. Estas son:

La bipedestación, en la cual se perciben los beneficios, por una parte, de ampliar el campo de la mirada, y por otro, poder usar libremente las manos, instrumentos de nuestra expresión.

El estado vigil de la conciencia, permitido por la integridad de la “sustancia reticular mesencefálica”, la cual ejerce una importancia decisiva en el gobierno neurológico de la conciencia psíquica. Es lo que otorga la lucidez mental fundamental para percibir al otro (cf. TRO, 38)⁶.

El sistema orgánico de la vida de relación, es decir la importancia de los órganos receptores (vista, oído y tacto) para la percepción del otro, y los efectores, en especial los músculos voluntarios en cuanto a la expresión de la respuesta, que se encuentran en una unidad funcional, que Laín Entralgo llama “círculo figural”⁷.

La actividad de los interoceptores, necesarios para la correcta percepción del cuerpo ajeno y del propio esquema

⁵ Pedro Laín Entralgo, *Cuerpo y alma*, Espasa-Calpe, Madrid 1991, pg. 243.

⁶ Laín Entralgo remite en estas afirmaciones a Rof Carballo, representante de la Escuela Médica Antropológica Española, médico psicoanalista a quien considera una autoridad en la investigación de la dimensión psicológica de las relaciones interpersonales. La cita hace referencia a la obra *Cerebro interno y mundo emocional* (Madrid, 1952). Del mismo autor son *Patología psicosomática* (Madrid, 1949) y *Urdimbre afectiva y enfermedad* (Madrid, 1964) obras en las que expone la “antropología médica”.

⁷ “Entre la percepción y el movimiento existe una relación en círculo, un ‘círculo figural’. (Se trata de la interacción entre nuestras acciones de percepción y los objetos o sujetos sobre los cuales actúa). [...] En el caso de la respuesta humana la ‘espiral figural’ se ve constantemente rota e innovada por obra de la libertad”. Cf. TRO, 39 y ss.

corporal⁸.

La posesión de estructuras neurofisiológicas capaces de gobernar la expresividad y la relación afectiva con el otro. “El cerebro interno es el principal supuesto neurofisiológico de la modulación expresiva y afectiva del encuentro. En él tiene su fundamento somático [...] el “entre emocional” dentro del cual acontece psicológicamente la relación entre persona y persona” (cf. TRO, 41).

Todo está preparado, junto a supuestos histórico-sociales, para percibir al otro y en esta percepción, acto psíquico unitario y complejo, se articulan para Laín las vivencias de una realidad expresiva fuera de mí, junto a la común condición humana (“nosotros” originario y genérico), reunidas en una convivencia insegura e incierta, la cual se definirá desde la respuesta libre que demos al otro. Y desde esta respuesta el otro será para mí y yo seré para él *objeto, persona o prójimo*.

La forma del encuentro: el amor

Si bien Pedro Laín vislumbra estos tres modos de considerar al otro, cada uno es determinado, en la relación dilectiva, desde una forma de amor: *amor contemplativo o distante, amor interpersonal o instantáneo y amor de coejecución o constante*. Las novedades en esta consideración son dos: un modo de amor para la relación de objetividad y la afirmación de que la perfección de toda relación se alcanza en el amor de proximidad.

Cuando decidimos tratar al otro como objeto no olvidamos que es persona, pero optamos por suspender el misterio, la sorpresa que puede depararnos ese otro que está delante. Es relación amorosa en tanto es determinada por el amor de contemplación, el cual puede plasmarse como *actividad transformadora* del otro particularmente en dos casos: la relación educador-educando y la relación médico-enfermo. Son relaciones

⁸ La propia imagen corporal y las de los demás son datos primarios de nuestra experiencia y entre ellas se da una estrecha conexión. Cf. TRO, 40.

“cuasi-diádicas”⁹, porque “entre la pura relación objetivante y la pura relación interpersonal hay modos intermedios de la vinculación interhumana”¹⁰. Laín Entralgo afirma que:

[...] la relación médica se consuma como relación entre dos *personas*, la del médico y la del enfermo, y mala será la asistencia médica que diagnóstica y terapéuticamente no termine como cooperación cuasi-diádica entre ellas; pero afirmar esto no equivale a desconocer el carácter constitutivamente social de aquella relación, y por lo tanto la necesidad de entender y realizar como actos socialmente condicionados el diagnóstico, el tratamiento y las obligaciones éticas a que uno y otro se hallan sometidos¹¹.

Entre los términos de la relación se dan actos coejecutivos, personales, pero se debe apelar en amplia medida “a operaciones objetivadoras, puesto que la enfermedad es siempre un estado del cuerpo [...]”¹². Se busca la eficacia en los tratamientos médicos que mejoren o permitan alcanzar la salud al enfermo, con lo cual se afirma que la meta es un bien para él. Y todo esto debe darse enmarcado en el amor, distante lo llama Laín, pero amor al fin.

Queda claro que en la relación médico-enfermo no se busca la amistad en primer término, sino la salud del otro. Tampoco puede negarse que es una relación interpersonal en la cual se debe tomar una cierta distancia para poder proyectar y mostrar, desde la verdad, el ideal de salud que debe ser alcanzado. Esto no significa tratar al enfermo como un objeto inerte, sino conducirlo, ayudarlo, enseñarle a buscar y poner los medios para mejorar el aspecto integral, psicosomático de la persona. Por esto Laín se atreve a afirmar que esta relación puede acercarse a la amistad y la llama *philia iatriké*, amistad médica¹³.

⁹ La diada propiamente dicha es un término que Laín reserva para las relaciones más personales (amistad).

¹⁰ Pedro Laín Entralgo, *Medicina e Historia*, Revista de Occidente, Madrid 1941, p. 239 y ss.

¹¹ Pedro Laín Entralgo, *La relación médico-enfermo*, Revista de Occidente, Madrid 1964, pp. 242.

¹² Idem ant., pp. 241.

¹³ Id. Ant. pp. 241.

Esta visión es muy interesante, sobre todo en estos tiempos en que la medicina ha dejado de lado un tratamiento integral del enfermo. El “drama de la especialización” ha llevado al médico a perder de vista la unidad y totalidad de la persona humana. Una ciencia médica sin un sustrato antropológico unitario, integral, lleva al médico a ser un “especialista” de algunas partes de un cuerpo sin tener en cuenta que éstas forman parte de un todo personal, único y libre.

La expresión del encuentro: la palabra

El hombre es un ser esencialmente dialógico y el pensamiento contemporáneo considera el habla como el “lugar” propio de la persona, ya que “no es el lenguaje quien está en el hombre, sino el hombre quien está en el lenguaje y quien habla desde el seno del lenguaje”¹⁴. En él una interioridad se hace exterioridad, sin agotarse en ella. La intimidad del pensamiento, como núcleo misterioso del hombre, se hace locuaz. Y afirma Laín que:

La palabra es el símbolo expresivo en que de manera más inmediata e idónea se pone y manifiesta la vida personal. Toda palabra dicha a otro es a la vez una confesión y una promesa, un signo que le declara algo de mi ser presente y que algo vincula a él mi ser futuro. Puesto que la palabra es “la casa del ser”, según la feliz expresión de Heidegger, ella, y no el gesto, es la expresión propia de la responsabilidad (TRO, 159).

El que habla llama, notifica y nombra a la vez; la palabra es “revelación” de la persona. También aquí se distinguen distintos niveles de profundidad en cuanto a la comunicación y una vez más nos detenemos especialmente en la que nos interesa en esta exposición: la palabra que expresa al médico y al enfermo. Laín no lo incluye en el diálogo propiamente dicho, modo que reserva a grados más elevados de amor, pero puede quedar simbolizado dentro de lo que llama “diálogo socrático” o el “cuasi-diálogo” (cf. TRO, 220-255). La palabra adquiere relevancia en la relación médico-enfermo en grado sumo, “tan-

¹⁴ Martín Buber, *Yo y tú*, Nueva Visión, Bs. As. 1994, p. 33.

to si desvela como si oculta, tanto emitida como impronunciada”¹⁵, es decir que el silencio también expresa¹⁶.

No alcanza en esta relación la palabra inquisitiva, descriptiva, porque el objeto de estudio no es sólo un conjunto de órganos organizados mecánicamente en el cual “un engranaje” está fallando. El cuerpo mismo es en ese momento *palabra viva* de una totalidad personal que sufre, que piensa, que vive, que siente. ¡Cuántas veces un síntoma es la expresión de una angustia muy honda que sólo necesita salir a la luz y ser escuchada, contenida! La palabra, entonces, no sólo explica un síntoma, sino que también desde la paradoja de su silencio, clama, pide atención, amor. Y, recíprocamente, desde el médico, adquiere una nueva dimensión: la palabra “cura”, necesitamos comunicarnos existencialmente, porque “toda enfermedad humana debe ser estudiada según lo que de 'empresa biográfica' tiene”¹⁷. Quien padece una enfermedad es siempre un individuo personal, biográficamente inteligible. Este “él” con *el* que se habla, *del* que se habla debe transformarse en “tú” en tanto prójimo, necesitado, cercano y sujeto de esperanza. Sólo en este intercambio dialógico-terapéutico, abierto al misterio personal, la meta puede ser alcanzada.

Conclusión: la parábola del buen samaritano

Lain Entralgo, pensador cristiano, comienza el análisis del “encuentro” desde la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Nosotros hemos decidido referirnos a ella en la conclusión de esta exposición, como cita del fin del viaje y paradigma al que todo encuentro debe llegar. El samaritano ve al herido al cual ya dos personas habían ignorado. Él, en cambio, no sólo decide responder afirmativamente al encuentro, sino que se siente conmovido hasta las entrañas, se compadece de él. Y entonces obra en consecuencia y ayudando al otro se crea la

¹⁵ Luis Montiel, *Entre el silencio y el silencio*, CuadsHispAmers 446-447 (1987) 393-401.

¹⁶ Pedro Lain ha reflexionado sobre el papel central de la comunicación en la relación médica y en lo que le corresponde al decir y al callar, Cf. Especialmente: *La curación por la palabra, La relación médico-enfermo*, obras ya citadas del autor.

¹⁷ Pedro Lain Entralgo, *La empresa de ser hombre*, Taurus, Madrid 1958, pg. 250 y ss.

vinculación entre hombre y hombre, “la relación de proximidad”. Y por esto afirma Laín que “el otro hombre puede y debe ser prójimo para el cristiano” (cf. TRO, 18-19).

En el “otro” vemos al hombre, que es al mismo tiempo don y pregunta pues plantea una exigencia a nuestras vidas, a nuestro amor, a nuestra atención y nos devuelve la pregunta sobre el sentido de nuestra existencia. “En realidad el encuentro con el otro configura y llena de contenido nuestra vida”.¹⁸ El autor presenta la proximidad con una validez universal, más allá de las propias creencias y más allá del lugar que, social o profesionalmente, ocupemos. Se trata de descubrir y aceptar las necesidades del “otro”, y creyendo en ellas remediarlas desde la donación generosa y amorosa de nuestro ser.

Su *antropología médica* no es una utopía; es un *encuentro* forjado en la experiencia, en la investigación, en el diálogo, en la interdisciplinariedad, en el amar y desvivirse por los otros, en la mirada puesta en la trascendencia. “Laín transpone los umbrales de la ciencia y se adentra en los confines de la filosofía hasta rozar la teología”¹⁹. Y esta es su invitación a reflexionar, a dialogar, a seguir creyendo en el misterio de la persona y en los encuentros que, como mediaciones, seguirán forjando nuestras existencias.

¹⁸ L. Loenen, E. Beyrguther, H. Bietenhard, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, ob. cit.

¹⁹ Juan de Sahagún Lucas, *La idea de hombre en P. Laín Entralgo*, en *Nuevas Antropologías del siglo XX*, Sígueme, Salamanca 1994, 17-41.